

EL PERSONAJE MASCULINO EN LAS NOVELAS
DE ROSA MONTERO

ALMA AMELL
Josephinum College

A lo largo de su trayectoria novelística, Rosa Montero ha demostrado su gran talento en no sólo presentarnos, sino lograr que nos identifiquemos con o por lo menos comprendamos a una gran variedad de personas que tienen algo en común: el dolorido sentir de la existencia.

Al leer *Crónica del desamor* (Debate, 1979), *La función delta* (Debate, 1981), *Te trataré como a una reina* (Seix Barral, 1983) y *Amado amo* (Debate 1988) —la última novela, *Temblor* (Seix Barral, 1990), apareció después de terminarse este artículo— nos hacemos partícipes de los sufrimientos, placeres y frustraciones no sólo de mujeres jóvenes y mayores, modernas y antiguas, guapas y feas, gordas y flacas, reprimidas y emancipadas, sino también de hombres de todos tipos y características. El único ente que brilla por su ausencia es lo que se ha dado en llamar el ser normal, lo cual viene a subrayar el gran realismo del mundo novelístico presentado, ya que el ser humano normal es una contradicción en términos y no existe.

De entre los personajes que componen y habitan el mundo de dichas novelas he seleccionado los masculinos, término de probada flexibilidad que en esta ocasión se estira un poco más, como pronto se verá.

Los personajes en cuestión se pueden dividir en tres categorías muy generales:

1. Los hombres-globo, o en términos menos románticos y en palabras de Juan Marsé, señoritos de mierda.

2. Los marginados, que sólo se distinguen de los demás porque su fracaso en lograr la felicidad es más patente o sincero.

3. Los que intentan salvar lo que puedan de los valores existenciales que se derrumban ante sus ojos.

En la primera categoría se encuentran, entre otros, Eduardo Soto Amón, el todopoderoso Ramsés, «empresario brillante y triunfador de un imperio de letras» de *Crónica del desamor*; Hipólito, el guionista y amor-pasión de Lucía de *La función delta*; Antonio, el hombre-nariz y seductor de letárgicas esposas de pilotos de aviación de *Te trataré como a una reina*; y Nacho, joven trepador a puestos altos por espaldas ajenas de *Amado amo*. Todos comparten un narcisismo, una cobardía y un egoísmo que les hace pisar cadáveres para lograr sus metas. Pero la novelista ha tenido gran cuidado en no simplemente lanzar estereotipos. Incluso me atrevo a decir que si los cuatro se juntaran, la ley del embudo adquiriría multidimensiones sin precedentes. Todos empiezan por parecer superiores a los demás, pero cuando su creadora termina con ellos resulta que son los más patéticos de todos. Así, al final de *Crónica del desamor*, cuando Ana por fin ha llegado a conocer «íntimamente» al Soto Amón que tanto idealizaba y comprueba lo que realmente ya sabía pero no quería admitir, que es un hueco más en un mundo lleno de vacíos, ella concluye que «en este ajedrez de perdedores más pierden aquellos como Soto Amón que ni tan siquiera juegan (273)». Hipólito, el amante huidizo y por ello obsesión de Lucía, a los sesenta años se convierte en un viejo verde y miope que intenta conquistar a jovencitas lozanas con su relativa fama. Ricardo le cuenta a Lucía que le ha visto en un café, «con una muchacha muy joven y que tenía cara de susto o de inmenso aburrimiento. Hipólito se mantenía pegado a ella, volcado encima de la mesa y metiendo la pechera en el café, para verla con claridad sin ayuda de sus gafas o llevado por el calor que ponía en conquistarla,... musitando insensateces, 'nena, me inspiras, tú sabes que soy un escritor muy conocido'» (329). Antonio, el «superpituito» o sea dotado de extraordinarios talentos olfativos de *Te trataré como a una reina*, queda, como él mismo dice, peor que castrado, al dañarse su don del olfato, su gran orgullo, como resultado de su justa ejecución por Bella. Nacho, el amigo de César de *Amado amo* y a quien César tanto admiraba y ayudó a entrar en la agencia Golden Line, se convierte en el

traidor y verdugo de su benefactor, que al final le describe como «tan sonriente y encantador como una alimaña» (201).

El departamento de «fracasados oficiales» es con mucho el más poblado de todos. En su esfera deambula una gran multitud de individuos, pájaros de diferente plumaje. La índole de su marginación varía desde la impuesta por otros miembros de la sociedad hasta el desarraigo voluntario. En oposición de inferioridad forzada se encuentran, por ejemplo, el Bardo, el ex-catedrático de *Crónica*; Tadeo, el botones de la agencia de publicidad de *La función*; Benigno, el secretario de Antonio en *Te trataré*; y Matías, el alcohólico empleado suicida de la «Golden Line» de *Amado amo*. Entre los que viven al margen del orden establecido por decisión propia —aunque nunca por gusto, sepáremos bien ambos conceptos— figuran el Zorro y sus contertulios del bar «El Toño» de *Crónica*; Ricardo, inventor de proyectos irrealizables de *La función*; el Poco, habitante misterioso del club «Desiré» de *Te trataré*; y César, protagonista de la historia y de su propia degradación de *Amado amo*.

Claro está que no se puede hacer una división nítida entre «oprimidos» y «excéntricos». Por ejemplo, Tadeo (*La función*) y su madre viven en la miseria a causa de un incidente bastante insignificante que ocurrió tras morir el padre, cuando Tadeo tenía veinte años. Su madre le pilló en el baño, de rodillas ante su primo Julito, abrochándole la bragueta. Del puro disgusto —y por mirona— la mujer se cayó de la silla en la que estaba subida para ver lo que hacían y se dañó la espalda de tal manera que se quedó paralítica. Para más inri, Tadeo fue echado de la tienda de sus tíos donde estaba de encargado. Aunque Tadeo sostiene que sus exploraciones de los encantos secretos de su primo fueron puramente visuales, para satisfacer su curiosidad o quizá comparar dimensiones, el hecho es que tanto él como su primo después optaron por hacerse travestís en sus ratos libres. O sea que Tadeo por un lado ha sido forzado a ocupar una posición socioeconómica inferior debido a su falta de seguir las normas impuestas por una sociedad rígida, pero por otro desempeña de motu proprio otro papel marginal, el de travestí, que irónicamente le hace sentirse temporalmente libre del yugo cotidiano.

César (*Amado amo*), por su parte, se ha distanciado de las pequeñeces e intrigas inherentes a la subida en la escala profesional de la «Golden Line», pero cuando le van achicando e invadiendo el territorio y para colmo no le envían una invitación a la con-

vención anual, le agarra el pánico de ser el próximo en la nómina de despedidos de la empresa, y de hecho sólo se salva traicionando a su amiga Paula. El «Patitas», el «Trompeta» y otros parroquianos de «El Toño» (*Crónica*), al incorporarse voluntariamente a la sociedad anónima de almas en pena que comparten porras, enfermedades venéreas y otras miserias, se salvan o por lo menos se olvidan temporalmente del aislamiento impuesto por su condición de individuos física o mentalmente incompatibles con los miembros de la otra sociedad.

Los personajes más solitarios en todas las novelas aquí tratadas son los que pertenecen a la categoría de los que todavía van por la vida guiados por un tenue y frágil resto de optimismo y esperanza de un futuro mejor. Los hombres-globo son demasiado vanos para darse siquiera cuenta de su inferioridad y se sienten seguros dentro de sus bolsas de aire. Los oficialmente fracasados no padecen las fatigas de tener que aparentar ser mejores de lo que son, o de intentar mantener las esperanzas de que se mejoren sus circunstancias. Además, la miseria compartida es más sufrible, y si eso falla, siempre pueden recurrir a la anestesia de drogas, copas y bochornosas actividades sexuales. Pero el idealismo remanente en los otros les hace pasar muy malos ratos. Los hombres que se incluyen en este grupo son bastante más escasos que las mujeres, y uno de ellos, Miguel (*La función*), está fuertemente idealizado por Lucía, según Ricardo, y no parece padecer ninguno de los males que achacan a los otros, con excepción de una muerte terrible, lenta y llena de angustias, a causa de una embolia.

Como he dicho antes, no se puede hacer una nítida línea divisoria entre las diferentes categorías. Así, por ejemplo, el Poco de *Te trataré*, aun apareciendo un desarraigado bastante cínico, a la vez mantiene la secreta esperanza de poder rehacer su vida fracasada, volviendo a Cuba con Vanessa. El desarraigo de Cecilio, de *Crónica*, reside exclusivamente en su condición de homosexual. Pero dentro de este contexto dedica todas las noches de su vida a buscar, como dice el bolero de *Te trataré*, «un corasón que me acompañe», o sea un amor verdadero que dure toda la vida, para no envejecer y morir solo.

Entre los personajes masculinos descritos y analizados en las novelas aquí tratadas se destacan tres, que son Antonio de *Te trataré* y Ricardo y Miguel de *La función*, la más introspectiva, humana y emocionante de las cuatro obras y de muchas otras que

he leído, debido al gran talento de su autora para penetrar en lo más hondo del ser humano, el dolorido sentir que se manifiesta de maneras tan diferentes en todos.

Lo que Miguel significa para Lucía es lo mismo que su personaje proporciona a la novela: una dulzura y belleza sin las cuales la protagonista y la trama de *La función* no habrían sobrevivido la negrura en que se encuentran sumidas la mayoría del tiempo. A mí, por ejemplo, la semana de desencuentros hipolíticos y sociales, agravados por el empeño suicida de la vecina de Lucía, Doña Maruja; se me hizo casi más larga que a la misma protagonista, y tantas o más ganas que ella tenía yo de que volviera Miguel. Quizá tenga razón Ricardo en que Miguel es idealizado en los recuerdos de Lucía. Pero no es, ni mucho menos, un tipo de hombre irreal. Si los hombres tienen la reputación de ser egoístas, es porque su egoísmo suele ser más ingenuo, superficial y sincero —o torpe— que el femenino. Miguel se aproxima mucho al hombre ideal que suele existir sólo en sueños porque reúne una natural bondad masculina con una sensibilidad y ternura más típicas de la mujer. Él es en el libro y en la vida de Lucía el sol que aparece después de demasiada lluvia y cielo gris, igual que en *La Regenta* Don Alvaro se presenta en su espléndido caballo blanco en uno de los momentos más deprimentes y tediosos de la vida de Ana. Ahora bien, los migueles de este mundo tienen la tremenda tarea de contrarrestar los daños causados por los sotoamones, de librar el ambiente del bochorno de los toños, y de levantar el ánimo a las lucías. Semejante carga, de proporciones míticas, reduce las fatigas de Sisifo a una banalidad y sus gemidos a suspiros de quejica. No es de extrañar, pues, que a los sesenta y cuatro años Miguel sucumba a una embolia que en dos ataques consecutivos acaba con él.

Ni a Ricardo ni a Antonio les pasará jamás eso. Para ello se cuidan demasiado, cosa que en Ricardo resulta natural y en Antonio odiosa, y es porque el obseso pituitario maltrata a los demás para proteger sus propios intereses, en tanto que el amigo de Lucía procura simplemente mantenerse al margen de todo lo que le pueda incomodar. Sin embargo, su actitud escapista durante la mayoría de su vida le deja las suficientes reservas de energía mental, emocional e incluso física para consolar y acompañar a Lucía en su agonía, presentándose día tras día en el hospital e incluso tragándose todas las bolas de veneno que le tira la en-

ferma para desahogar sus penas y frustraciones. El gran interés de este personaje es su desarrollo de un ente aparentemente estéril, en espíritu y cuerpo, a un ser humano capaz de aguantar lo insufrible y de dedicar toda su energía al alivio de los padecimientos de una amiga, sin más provecho personal que la satisfacción que pueda dar el sacrificio. A lo largo de este camino de evolución se encuentran algunos de los detalles que demuestran el sutil genio de la autora en la descripción de caracteres. Por ejemplo, entre los inventos fracasados de Ricardo figura una grúa para trasladar de un lado a otro a personas mayores o minusválidas. Cuando dicho invento se prueba en un convento de monjas, «el brazo mecánico se desencajó y la anciana monja que estaba en trance de levitar motorizadamente se descalabró contra el suelo con gran crujir de tocas almidonadas, entrechocar de huesos con rosarios y retemblor de arrugas» (222). Y una de las anécdotas de su sexualidad adolescente que le cuenta a Lucía es la de su sistema de contabilidad de pajas, parecido al fichero de conquistas de Antonio (*Te trataré*). Lo más gracioso de este libro de contabilidad es que las pajas con pensamiento, indicadas por un círculo, contaban dobles, porque «la religión contribuía mucho al placer de las prohibidas poluciones» (*La función*, 182).

Por el mismo arte detallista, Antonio de *Te trataré* se distingue entre todos los hombres-globo como uno lleno de sí mismo y de manías, con las que tiraniza a su secretario y a su hermana. Es difícil describir el gusto que se recibe de saber que ese monstruo va a ser tirado por la ventana, con los consiguientes destrozos de pierna, cara, y sobre todo de su desplazado orgullo fálico, la nariz milagrosa. Es de todos los señoritos de mierda el más vanidoso, dañino y cobarde: Su horrible tratamiento de Antonia y Benigno es aún superado en vileza por sus cobardísimas aventuras amorosas, en busca de la autoconfirmación y para huir de la realidad de una potencia sexual menguante.

He discutido sólo algunos de los personajes masculinos que se presentan en las novelas de Rosa Montero. Pero su mundo novelesco ofrece casi infinitas posibilidades de interpretación, lo cual hace que cada vez que se vuelven a leer sus novelas se ofrezcan más aspectos fascinantes en los personajes de ambos sexos, que además se van desarrollando con cada obra nueva.